

HEROES IGNOTOS

Tte. Coronel MIGUEL RODRIGUEZ CASAS

Discurso pronunciado por el autor ante el Monumento a los Héroes Ignotos en el Parque de la Independencia de la capital de la República.

Señor Presidente de la Academia Colombiana de Historia, señor Presidente de la Sociedad de Caridad de Bogotá, señores miembros de entidades y corporaciones cívicas, señores Oficiales y Suboficiales de las Fuerzas Militares, distinguidos ciudadanos, soldados:

Por honrosa designación del Comando General de las Fuerzas Militares, me ha correspondido llevar la palabra en este solemne acto, con el que anualmente y siguiendo una bella tradición iniciada hace 58 años, la Sociedad de Caridad de Bogotá, la Academia Colombiana de Historia y las Fuerzas Armadas de la Nación, como autorizados intérpretes del sentir del pueblo y del Gobierno de Colombia, rinden homenaje a la memoria de aquellos patriotas cuyos nombres no figuran en las páginas de nuestra historia, pero cuya callada, eficaz y valerosa acción fue factor decisivo en la gesta gloriosa de nuestra emancipación.

Bien quisiera ser el dueño de las condiciones oratorias que un acto de esta naturaleza exige de quien lleva la vocería de la Institución Militar, a objeto de que todas y cada una de mis

palabras tuviesen la sonoridad, el lirismo y la épica dimensión que se requiere para intentar el penagórico del heroísmo y del desinteresado sacrificio de los millares de hombres a quienes está dedicado. Porque es la verdad, distinguidos conciudadanos y compañeros de armas, que el holocausto de esos hombres cuya generosa sangre regó los eriales de la tiranía para convertirlos en campos propicios al florecimiento de la libertad, de la independencia y de la esperanza, sin aspirar a título alguno y sin reclamar de la posteridad el legítimo derecho a que sus nombres se incluyeran en los archivos dorados de la historia, es acto de formidable desprendimiento que merece las más elevadas, las más hermosas y floridas alabanzas.

Contrasta la pobreza de la expresión con la grandeza del gesto de esos anónimos de la historia, que renunciando al precario bienestar que podían encontrar en la secular sumisión al poder opresor y fascinados por los resplandores de redención que advertían en la promisoriosa y persuasiva voz de sus caudillos, ignoraron peligros, des-



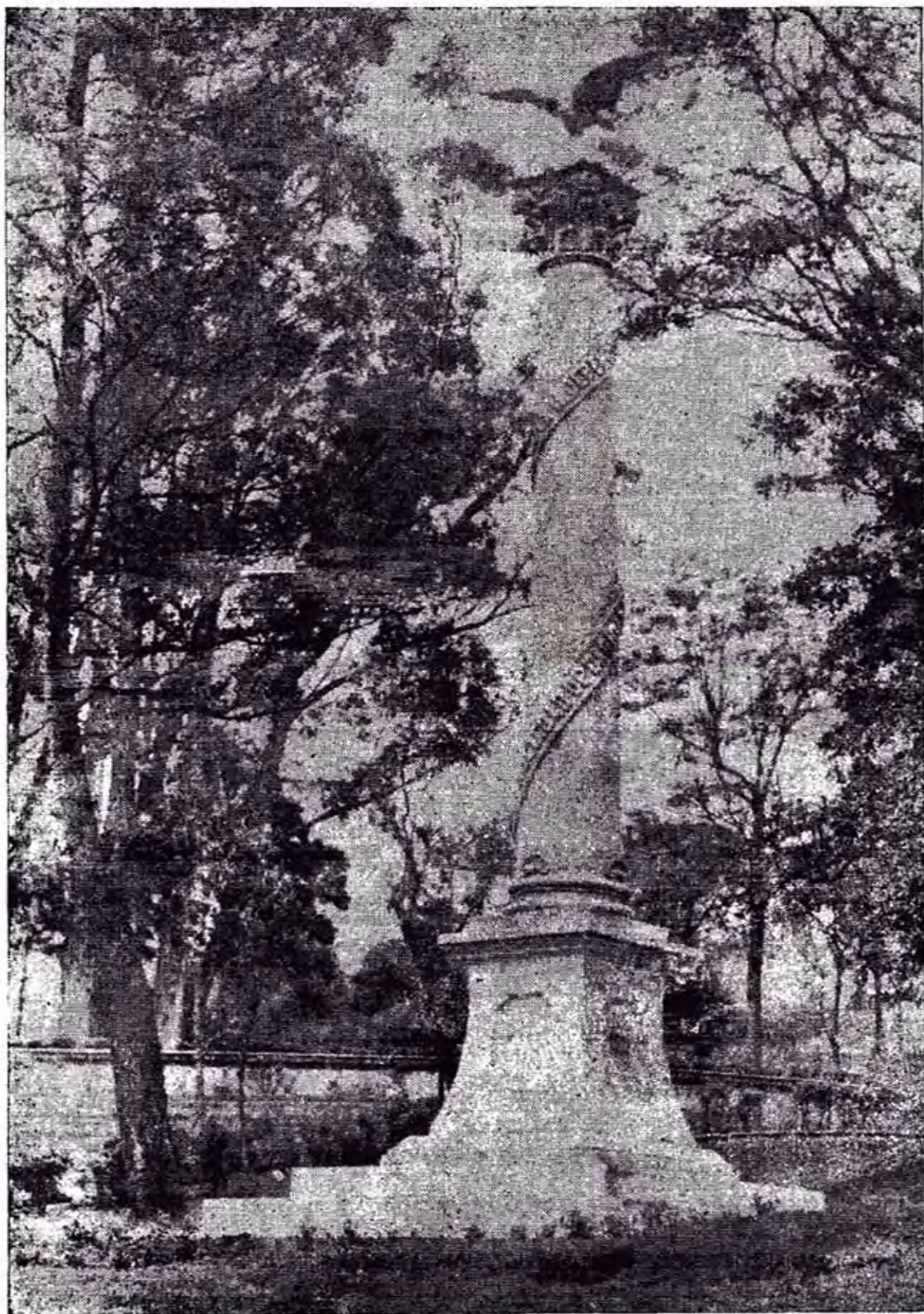
Tte. Coronel MIGUEL RODRIGUEZ CASAS

oyeron mortales amenazas y se lanzaron prestos por los senderos de la privación y del sacrificio, con la única ambición de alcanzar para sus compatriotas de entonces y para las futuras generaciones de colombianos el bien inapreciable de la libertad.

El hecho infortunado de que sus nombres no hubiesen sido cuidadosamente registrados para presentarlos al respeto y veneración de los colombianos como insuperable síntesis del altruismo y del valor humanos, es cuestión aleatoria que se repite en la vida de todos los pueblos y en la historia de todos los tiempos y que, lejos de disminuir o ensombrecer la grandeza de su acción la agiganta, la hace más resplandeciente y le imprime caracteres aún más conmovedores.

Surgidos de la entraña misma del pueblo neogranadino, sin distinciones de raza, de origen regional o de condición social, esos pioneros del desprendimiento y del valor hacen bien temprana aparición en la escena revolucionaria, como que sus primeras acciones se remontan a los albores del movimiento libertario y se confunden

con ellos. Desconocidos fueron los sencillos ciudadanos de la provincia de Vélez que en el año de 1740 protagonizaron un primer alzamiento contra las autoridades españolas; ignorados son también los nombres de los patriotas que en atrevido acto de rebeldía desafiaron la omnipotencia de esas mismas autoridades en Mogotes, en Simacota, en Barichara y en Charalá, para rematar en El Socorro con el memorable motín del 16 de marzo de 1781, que nuestra historia registra como la primera manifestación formal del fervor popular por la causa de la libertad; héroes sin nombre son aquellos vecinos de Coyaima, El Espinal, Honda, Natagaima, Neiva, Pasto y muchísimas otras poblaciones de la región Andina y de los Llanos de Casanare, que haciendo eco del movimiento Comunero se alzaron contra el opresor y sucumbieron ante su fuerza o su felonía; anónimos son, igualmente, los humildes y valientes santafereños que en la inolvidable jornada del 20 de Julio de 1810 y bajo la inspirada dirección de bien conocidos próceres, dieron impulso vital al movimiento de liberación y plantaron para la historia el hito que marca el comienzo de esa empresa de titanes que fue la lucha abierta por nuestra independencia; desconocida es, en fin, esa pléyade de corajudos que en las Campañas del Sur, en los Llanos Orientales, en el Bajo Magdalena, en Cartagena de Indias y en las cumbres y altiplanos de nuestros Andes, dieron al mundo una perdurable lección de intrepidez, de abnegación y de valor que habría de encontrar su



Obelisco erigido a los "Héroes Ignotos de la Independencia" en el parque de la Independencia de Bogotá.

justa culminación el 7 de Agosto de 1819, en el histórico Puente de Boyaca.

Todos esos héroes, todos esos legionarios del anonimato, jinetes sobre el corcel de su coraje y sin otras armas y arreos que los que se desprendían de su encendido amor por la libertad, arrojaron toda clase de peligros, soportaron fatigas y penalidades sin cuento y llegaron hasta la generosa ofrenda de sus vidas, con el solo propósito de ganar para su Patria el título de nación independiente y para sus hijos la sagrada condición de hombres libres.

Hasta qué punto, señoras y señores, hemos reconocido la magnitud y el objeto de su sacrificio y en qué medida hemos correspondido a él? Séame permitido avanzar en el tiempo y llegar hasta nuestros días, para tratar de establecer si ese legado de anónimo heroísmo y de libertad ha encontrado adecuada prolongación y debida utilización en las generaciones subsiguientes de colombianos, o si por el contrario, sentimos que el dedo acusador de esos mártires nos señala como inferiores a su ejemplo y como responsables de los visos de esterilidad que pudieran encontrarse en su sublime entrega.

Yo me atrevo a afirmar que en el colombiano humilde de todos los tiempos y de todas las regiones, la nación siempre ha tenido un celoso guardián de esa tradición de heroísmo y desprendimiento, que no vacila en abandonar su terruño, su familia, sus amigos y todo lo que le es querido, cuando la Patria lo llama para que bajo los pliegues tutelares de su bandera y con las

armas de la república en su segura mano, vele con su habitual silencio y con su indudable eficacia por el imperio del orden y de la justicia, por la vigencia de las instituciones legítimas, por el afianzamiento de las libertades recibidas de sus mayores y por el engrandecimiento constante de la patria que ellos forjaron. Su tesonero esfuerzo, su valerosa conformidad, su espíritu de sacrificio sobradamente comprobado con la altísima cuota de sangre que ha puesto en el cumplimiento de su deber, y su invencible fe en un futuro mejor para sí, para sus compatriotas y para sus hijos, admiten comparación con los héroes cuya memoria nos convoca, lo hacen dignísimo depositario de su gloriosa herencia y lo ameritan para recibir también el tributo de nuestra imperecedera gratitud.

En cuanto al uso que hemos hecho del patrimonio de libertad que heredamos, básteme recordar que la renuncia de todos esos héroes a su tranquilidad, a sus bienes y a sus vidas, no fue ni mucho menos para que de ella se beneficiaran en forma exclusiva sectores limitados de la población colombiana, sino para que los frutos de esa libertad tan duramente ganada penetraran todos los estratos de nuestra sociedad y llegaran hasta aquellos que constituyen su amplia base y que -por explicable coincidencia- son precisamente los que en los momentos difíciles de la vida nacional aportan las primeras y más elevadas dosis de heroísmo para el mantenimiento de su preciosa salud. He aquí la tre-

menda responsabilidad histórica de los sectores dirigentes del país y he aquí una de las grandes razones para que la justicia social y la equidad en la distribución de esos frutos de libertad tengan que convertirse, como han venido convirtiéndose, en la magna tarea, en el máximo empeño de todos los organismos del Estado. Si en algunas épocas de nuestra vida republicana ello no ha sido así, que caiga sobre los prohombres de tales épocas el grave cargo que esos héroes les formulan desde la eternidad, por haber tratado de frustrar o de desviar los altos fines de su inmolación.

Hasta aquí, distinguido auditorio, he pretendido hacer una somera revisión de los motivos que nos congregan en esta mañana y alrededor de este vistoso y maltratado monumento. Estamos acá para testimoniar con la sacrosanta presencia de nuestro hermoso tricolor nacional, con la de las Armas de la República y con la vuestra, el recuerdo reverente y agradecido que Colombia conserva de las inmortales acciones de su Héroes Ignotos.

Nada más justo, nada más genuinamente merecido que este severo acto, con el que la comunidad colombiana quiere perpetuar el culto a la memoria de quienes fueron parte esencial en la obtención de su libertad e insustituibles artífices de su presente condición de nación independiente, soberana y dueña de su propios destinos. Esa comunidad colombiana, como beneficiaria de tan preciosa conquista, no podía asociarse con la caprichosa suerte para sepultar el recuerdo de

esa constelación de valientes en las negras profundidades del olvido. Fue así, como un sector respetabilísimo de ella, representado por la Sociedad de Caridad de Bogotá, se encargó de rescatar para Colombia su no muy bien guardada memoria, cuando con ocasión del Primer Centenario de nuestra Independencia y en acto de justicia histórica que la honra y enaltece, hizo entrega a Bogotá y a todos los colombianos de esta venerable columna recordatoria.

Cabe señalar aquí que al mérito del acto de justicia a que acabo de referirme, debe agregarse el que corresponde al primer monumento que en la reciente historia de las naciones se haya erigido a la memoria del Soldado Desconocido. Muchos otros y de gigantescas proporciones existen hoy en diferentes partes del globo, pero éste, producto de la generosa iniciativa de la Sociedad de Caridad de Bogotá, detenta el envidiable título de ser el primero en el tiempo, ya que no en la impenencia de su estructura externa. Esta afortunada circunstancia y el propósito consagratorio que animó a sus inspiradores, nos imponen la ineludible obligación de conservar este sencillo pero valioso monumento con el afectuoso celo que los hombres y las sociedades deben poner en la guarda de sus reliquias, porque no otra cosa puede él significar para los colombianos.

De allí que me valga de esta solemne ocasión para hacer un llamamiento a la buena voluntad de las entidades oficiales y de las beneméritas organi-

zaciones cívicas y culturales aquí representadas, a fin de que se acelere el acondicionamiento de un nuevo y más apropiado sitio para esta Columna, y se le prodiguen en él todas las atenciones y todas las reverencias a que son acreedores los valores y virtudes que ella simboliza. — Que esas entidades y organizaciones, como guardianes naturales que son de nuestras tradiciones y como cultoras de los grandes valores patrios, complementen la encomiable iniciativa de la Sociedad de Caridad e impidan que sobre este monumento caiga el mismo manto de olvido que estuvo a punto de ocultarnos el recuerdo de los héroes que él quiere honrar.

No debemos perder de vista que símbolos como este, sin consideración a su majestad o sencillez, son fuente de la que se nutre la moral de los pueblos y en la que se fortifica su fé en los destinos de la Patria. Su abandono, su inadecuada ubicación y conservación y su desgüeño exterior, no pueden tener otro efecto que el de reprimir y asfixiar en las gentes su natural sentimiento de admiración hacia los grandes valores espirituales, con grave daño para aquella unidad de ideales, de tradiciones, de principios y de objetivos, que tan necesaria es a las naciones para su firme proyección hacia el futuro. Debemos, pues, seguir velando por la decorosa presentación de estos Altares de la Patria, hasta convertirlos en immaculados recipientes de los -reprimidos torrentes de devoción patriótica que bullen en el alma de nuestro pueblo.

Cuando ello ocurra con esta respetable Columna, cuando las condiciones exteriores de su asiento correspondan a la altura de propósitos de quienes la erigieron y a la grandeza de alma de quienes la motivaron, en todos los visitantes, nacionales o extranjeros, brotará espontánea la reverencia, la admiración y la gratitud que merecen esas legiones de ignorados que en el Pantano de Vargas, en Boyacá, en Carabobo, en Bomboná, en Pichincha, en Junín, en Ayacucho y en cien batallas más, inmolaron sus vidas en aras de una libertad no exclusiva de su propia Patria, sino extendida a cinco pueblos que hoy exhiben orgullosos su independencia y su soberanía en el concierto universal de las naciones.

Para finalizar esta breve pero sentida oración, distinguidos conciudadanos y compañeros de Armas, me permito invitaros a que coronemos los aspectos exteriores de este homenaje con el renovado propósito de continuar sirviendo a Colombia en la medida de nuestra humana capacidad, sin pausa ni desfallecimiento, para que con cada hora y con cada día que transcurran, ella siga aproximándose a las metas de grandeza, de prosperidad y de ventura colectiva con que soñaron sus libertadores. Tengo la certidumbre de que ese es el mejor tributo que podemos rendir en este día a la sagrada memoria de esos hombres que tanto dieron a la Patria y que tan poco han recibido de ella.